

# ¿Qué fue de los afrodescendientes en Michoacán?

---

Álvaro Ochoa Serrano\*

La escuela pública mexicana, aparato del Estado manejado desde la capital del país, ha dejado en el tintero el tema afro sin terminar, casi ágrafo en los programas oficiales de enseñanza. Desde el siglo XIX, en los libros de historia se han exaltado los vestigios materiales antiguos, sin tomar en cuenta a los indígenas en su momento; los actuales, el diez por ciento del total demográfico en el país según el censo de población 2010. Esa discriminación comprende al afrodescendiente, sin presente ni pasado continuo en las páginas de los textos escolares.

Tampoco se comprende a los afrodescendientes en los conteos de población, a pesar de que la Constitución Política Mexicana enuncia la diversidad étnica y cultural en su artículo segundo. Por eso Donají Méndez Tello, la fundadora de la asociación civil México Negro, insiste en que la historia de los descendientes de africanos sea incluida en los libros de historia que reparte la Secretaría de Educación Pública. "Que se hable de los afromestizos en México –dice–, y de que sí existimos" (Covarrubias, et al: 2011).

La omisión niega la raíz étnica proveniente de África en personajes notorios de la historia patria. La Secretaría de Educación Pública olvida las contribuciones de hombres y mujeres de piel oscura a la cultura vernácula, las aportaciones en torno al habla popular, a la comida, a la curación médica, a la música, a la charrería; todas ocultas bajo el manto restringido del mestizaje, como externa Marco Polo Hernández (2004, 2005).

El ejemplo más familiar, cercano al final del período colonial, sería el del insurrecto José María Morelos y Pavón, nacido en Valladolid, Michoacán, en 1765. Si bien en la partida bautismal se asienta ser criollo, retoño de europeos, el historiador conservador Lucas Alamán manifestó sus prejuicios sobre Morelos, quien "por ambos orígenes procedía de una de las castas mezcladas de indio y negro, aunque en sus declaraciones se califica él mismo de español" (1849:195).

Por otro lado, el fiscal en el proceso montado al prisionero Morelos en 1815 dejó entrever por una rendija la ascendencia del acusado, "atendiendo a su baja extracción". Pedro Pérez Pavón, bisabuelo materno del combatiente al régimen colonial español, en su testamento abrió esa

---

\* Centro de Estudios de las Tradiciones, El Colegio de Michoacán.



oscuridad al haber nombrado a José Antonio Pérez Pavón, su hijo "habido en mujer libre", como beneficiario de una capellanía (un beneficio eclesiástico) que fundó. Beneficio que su bisnieto había aspirado a disfrutar con el fin de ingresar en el seminario para ser sacerdote (Herrejón, 1985:338).

Aunque libró el requisito de demostrar la pureza de sangre en el seminario de su natal Valladolid, la partida bautismal del abuelo materno será la clave para aclarar la "baja extracción" mencionada por el fiscal. Ese es el aún hipotético nexo al parentesco africano de quien intentó terminar con las distinciones de castas en su proyecto de nación, plasmado en la Constitución de Apatzingán en 1814.

Ya en la vida nacional, autores de textos pedagógicos repasaron el pretérito mexicano. Manuel Payno publicó hacia 1860 un *Cuadro Sinóptico de la Historia Antigua de México desde los tiempos fabulosos hasta la ocupación de la capital por Hernán Cortés* en el *Calendario Azteca*. Payno también escribió *Compendio de la historia de México para uso de los establecimientos de instrucción primaria*. Para entonces terminaba la guerra civil de Reforma (1858-1860) o de Tres Años. Y mediante sainete joco-serio en un acto, los derrotados conservadores insultaban al presidente Benito Juárez como personaje principal de "Solaces Demagógicos, el Negro Sensible o la Esclavitud..." en *Calendario Reaccionario* para el año de 1861.

En ese 1861, los conservadores sacrificaron a Melchor Ocampo. El reformador Ocampo había gobernado Michoacán durante la guerra México-Estados Unidos de 1846-1848. Participó en los debates de la Constitución de 1857, carta laica y de carácter liberal. Elaboró leyes en favor de la sociedad mexicana en 1859. Así, los liberales terminaban con el predominio político del clero católico, amén de quitarles el control de panteones y la matrícula de nacimientos, matrimonios y defunciones. Oficialmente borrarían distinciones étnicas y raciales.

En ese desquite vale revisar la biografía del reformista. Nicolás León (1884, 61-62) aseguró que Ocampo había nacido "por una verdadera casualidad" en enero de 1814, en la Ciudad de México. Sustentó su dicho al encontrar el registro bautismal en la Parroquia del Señor San Miguel Arcángel de un niño expósito, "José, Telésforo, Juan Nepomuceno, Melchor de la Santísima Trinidad", criollo. De ahí que, agregando una paternidad misteriosa, siguieran la conseja varios historiadores; cobijada tal incógnita en una adopción por parte de la dueña de Pateo, en una propiedad rústica del oriente michoacano.

Distinta versión ofrecía Fernando Iglesias Calderón, deudo muy cercano de la propietaria de Pateo, quien sostuvo que Ocampo no fue hijo de la señora Tapia sino ahijado, infante que ella recogió en su hacienda (Pola, 1900-1901: 674-685). En *Obras Completas de Don Melchor Ocampo*



(edición michoacana 1985, tomo primero), en nota a pie de la página 129, el editor Raúl Arreola Cortés escribió que Ramón Alonso Pérez Escutia había encontrado en el archivo parroquial de Maravatío el acta afín a un hijo de indio y mulata, nombrado José Telésforo Melchor, nacido el 5 de enero de 1810. Todos ellos vecinos de Pateo.

Ese testimonio coincide con la descripción que hiciera de Ocampo un prisionero norteamericano, Corydon Donnavan (1847, 71), quien capturado en Camargo estuvo en Morelia desde diciembre de 1846 hasta principios de mayo de 1847.

Durante los primeros dos meses de confinamiento, se nos ocupó en la (composición) de la "Reimpresión de Ordenanzas de la ciudad de Valladolid [Morelia]", durante los cuales tuvimos la fortuna de ser visitados por el gobernador (Melchor Ocampo), quien supervisó la publicación. Destaca entre los mejores hombres de México, y fue candidato a la presidencia en las últimas elecciones. Ocampo tiene alrededor de treinta y ocho años, un poco bajo de la estatura promedio, aunque robusto. *Su fina facción aceitunada pareciera más oscura de lo que en realidad es*, debido a la negrura de su cabellera, de la cual caen rizos alrededor de su cara y de sus expresivos y chispeantes ojos negros.

Tras la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, en los gobiernos republicanos de Juárez y Lerdo, durante el régimen de Porfirio Díaz Mori (1876-1911), continuó la apología del pasado prehispánico en los textos escolares. Guillermo Prieto en *Lecciones de Historia Patria* (1893: 7) repetía la conquista española y los estragos de la viruela entre los aztecas o mexicas, "importada a nuestro suelo por un negro". En otra dictadura militar, (Reyes, 1913: X) el autor de *Nociones Elementales de Historia Patria* dedicó este párrafo, traído de la época novohispana: *Los negros eran odiosos a todos; no podían tener empleos ni recibir órdenes sagradas, carecían de toda instrucción y tenían grandes vicios. Ejercían todos los oficios y artes mecánicas y se ocupaban en trabajos rudos.*

En pos del tema, acudimos a una escuela pública de Jiquilpan, Michoacán, hacia el primer decenio de 1900, a la cual asistía Lázaro Cárdenas, quien recuerda que la hermana de su papá le vio leer la biografía de Benito Juárez y al reconocer la imagen en el libro, ella exclamó: "Ese indito es de los nuestros". Cárdenas señaló en sus *Apuntes* (1972: 199) que la tía Ángela había heredado del abuelo paterno "la sangre y la fisonomía indígena", en tanto que su padre Dámaso "reveló más las características del origen criollo de nuestra abuela Rafaela Pinedo de Cárdenas". *Lázaro Cárdenas* (2003:1509) en su diario personal apuntó un incidente lugareño y afro, para él distinto. Anotó el 30 de septiembre de 1911: "Hoy robó al Sr. Jesús Flores, Carlos Morales de origen negro; habiéndose capturado a éste en Guarachita".



Al parecer, quedaba en el seno hogareño de los Cárdenas, como en la mayoría del entorno social michoacano, sólo la distinción entre blanco, criollo, indio y no indio; acaso extraña la alusión al negro o prieto, pariente no muy lejano del joven Lázaro. Tal discurso blanqueador del grupo rector liberal corría en el terreno de la nación a través del registro civil y de la escuela.

En la era colonial hispana, Jiquilpan tuvo habitantes "indios, mulatos, mestizos y españoles" ocupados en la agricultura, pastorear ganado, tejer una pequeña industria textil y de comerciar en "tiendas mestizas y tendejones". Señales de dicha sobrevivencia las proporcionó el funcionario de rentas Ramón Sánchez en el *Bosquejo Estadístico e Histórico del Distrito de Jiquilpan* (1896:166) resaltando aún la presencia africana, esparcida en todo el distrito: "y particularmente en la hacienda de Guaracha hombres de raza negra, aunque ya muy mezclada con indígena y blanca, sabiéndose que a fines del siglo pasado fue traída una colonia del Congo. Entre las mujeres hay bonitas cuarteronas".

La hacienda mencionada, para su servicio y dedicada a tareas agro ganaderas, en 1660 contenía una población esclava en 14 de las 22 chozas y casi la quinta parte del gentío total en la finca principal (AOM, *Padrones*). Se oyó el remoto y remanente *Chombo* y *Chomba* dentro de una mayoría de nombres cristianos, incluyendo a Miguel, el mulato caporal (AGN, *Tierras*, Vol. 2956, exp. 51); la *casanga* para el corte en los quehaceres agrícolas. Sin embargo, la voracidad del latifundio por tierras y la escasez de hembras en su interior acarrearán dificultades a los pueblos indígenas vecinos.

Pueblos al alcance de Guaracha enfrentaron conflictos en 1650. Hacendados, mayordomos y caporales se echaban "con alguna frecuencia en la posesión de los terrenos", mientras que los esclavos los perturbaban "con mucho mayor frecuencia en la posesión de sus mujeres" (AGN, *Tierras*, Vol. 839, exp. 2), situación que se reflejó en la representación jiquilpense de la *Danza de los Negros*, (Ochoa, 2003:72) escenificada por los ejecutantes en tronar el chicote o golpear con éste, embestir a participantes y espectadores con el torito del monarca, hacer "desmanes o travesuras" a su paso, etcétera.

A Jiquilpan mismo la conquista española trajo gente de tez canela. En 1778 el predominio de la población indígena del lugar disminuía a menos de la mitad (AGN, *Historia*, Vol. 73, cuadro 50-1); en tanto, subía un 23.5% de criollos descoloridos, 21% de gente piel oscura, 5% de cuarterones o mestizos, y 2% de otras castas. Entre la diversidad de grupos, destacaban artesanos y pequeños comerciantes. Hebra para tejer la vida de los Cárdenas desde finales del siglo XVIII, cuando despunta



información de Mariano Cárdenas, cuya existencia documenta el archivo parroquial jiquilpense, hasta Lázaro Cárdenas del Río en 1895, el miembro más conocido e ilustre de la prole.

Un par de textos hilvana el tejido (Ochoa, 1978:33-49; 2011, 81-87). El mulato Mariano Cárdenas, pequeño comerciante, encabezó una familia que sufrió sobresaltos por la guerra de Independencia en medio de ataques dirigidos a la hacienda de Guaracha. No se sabe mucho de Mariano sólo que, al enviudar, sepultó a su mujer Manuela Bautista "en primer tramo con misa, vigilia, cruz alta, ciriales y dobles solemnes" el 14 de agosto de 1813. Su hijo, José de Jesús Eulogio se matrimonió en 1828 con María Gertrudis Mejía, mulata hija del mestizo Luciano Mexía y de la morena Juana Morales.

Eulogio y María Gertrudis procrearon a los mulatos Francisco Matilde y María Victorina de la Soledad. Eulogio murió en compañía de otro hijo, José Antonio, durante la peste colérica de 1833, y se les enterró en el último tramo del camposanto, ubicación que correspondía a la baja escala social. Gertrudita, la viuda, subsistió haciendo pan para ganarse la vida y mantener a Eulogio, una criatura póstuma.

Francisco Matilde Cárdenas Mejía trabajó tierra ajena, tejió rebozos y comerció textiles en los poblados vecinos. Casó en abril de 1856 con Rafaela Pinedo o Pacheco. Verificóse la boda cuando había tocado fin la distinción nominal de "ciudadano, indio y mulato" en los libros eclesiásticos, antes del establecimiento laico del registro civil. Eulogio, el hermano, participó en el imperio de Maximiliano; combatió a Juárez en 1870; en el bando religionero o cristero estuvo contra el régimen del presidente Lerdo. A Eulogio, por el tono de piel, se le creyó oriundo de Guaracha.

José Dolores, el primogénito de Francisco y Rafaela, había despuntado a la vida en abril de 1857, pero dadas las condiciones adversas murió a los pocos días. No así Guadalupe Francisco, nacido el 11 de diciembre -día de San Dámaso- en 1858. El que iba a ser José Sóstenes no perduró ni "cuatro días" en 1860. Dos años más tarde, nació Juana María de los Ángeles, la tía Ángela; y, mediando la intervención francesa en Michoacán, vio la luz Lázaro hasta 1866, quien muerto muy joven heredaría el nombre al futuro sobrino.

José Lázaro nació el 21 de mayo de 1895. Su madre Felicitas del Río, originaria de Guarachita, le llevó a bautizar al templo católico; Dámaso, el padre del crío, fue a rendir parte al registro civil. El sostén de los Cárdenas del Río descansaba en el pequeño comercio y en la artesanía lugareña. Lázaro Cárdenas del Río gobernó provisional y constitucionalmente Michoacán y fue presidente de la República durante el sexenio 1934-1940. Murió en la ciudad de México en 1970. Su nieto homónimo, gobernador en la tierra de Juan Colorado 2002-2008, va *pa' delante* en la senda afro.



Ciertamente cada vida es una historia y cada historia, una vida. Queda pendiente estudiar más la estirpe de los africanos en suelo mexicano, y ofrecer claros precedentes de quienes resultan ser parte patente de la trinidad fundadora de la patria. Además de su origen, José María Morelos, Melchor Ocampo y Lázaro Cárdenas, personajes del centro, oriente y poniente de Michoacán, significan tres momentos importantes de la nación.

